

# Aproximación al canon de la poesía venezolana

Joaquín Marta Sosa  
Coordinador

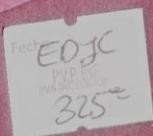
 **EQUINOCCIO**  
Editorial UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

  
Colección  
Papiros  
Recorrido

Esta *Aproximación al canon de la poesía venezolana* abarca desde sus orígenes fundacionales hasta la contemporaneidad, al menos aquella de la que nos separa una suficiente distancia, que aquí se fija en veinte años, como para confirmar el valor, la influencia y la permanencia de una obra determinada. Así, este *canon* se abre en 1823 y concluye en 1991. En este lapso de dos siglos y medio largos, se valora a fondo cuáles son los poemarios o los poemas que resultan fundamentales e imperecederos en la historia de la poesía venezolana.

Se trata, como debe ser, de un canon de obras (poemas o poemarios), no de autores, cuya calidad e influencia las convierten en indiscutibles en el discurrir de la poesía de este país.

El resultado es un libro fecundo en perspectivas, sostenido por una óptima y completa contextualización, y abundante en información sustancial y múltiple. De modo que esta *Aproximación* también puede leerse como el homenaje que celebra la magnífica saga poética que se ha escrito y que se sigue escribiendo en Venezuela.



ISBN 978-980-237-339-0



9 789802 373390

# APROXIMACIÓN AL CANON DE LA POESÍA VENEZOLANA

Coordinación y prólogo  
JOAQUÍN MARTA SOSA



La Serie Recorridos de la Colección Papiros incluye compilaciones de obra reunida u obra completa, así como antologías de autores reconocidos de Venezuela y el mundo, en cualquier género de la literatura.



APROXIMACIÓN AL CANON  
DE LA POESÍA VENEZOLANA  
Joaquín Marta Sosa (coordinador)

©2013 EDITORIAL EQUINOCCIO

Todas las obras publicadas bajo nuestro sello han sido sometidas a un proceso de arbitraje. Reservados todos los derechos.

Coordinación editorial  
Mariana Libertad Suárez

Coordinación de producción  
Evelyn Castro

Administración  
Nelson González

Diagramación  
Cristin Medina  
Luis Müller

Corrección  
Daniela Díaz Larralde

Impresión  
Publigráfica66  
Tiraje 600 ejemplares

Hecho el depósito de ley  
Depósito legal If 24420118004389  
ISBN 978-980-237-339-0

Valle de Sartenejas, Baruta, estado Miranda.  
Apartado postal 89000, Caracas 1080-A, Venezuela.  
Teléfonos (0212) 9063162  
equinoccio@usb.ve  
RIF. G-20000063-5

## SOBRE *LA LOCURA DEL OTRO*

GREGORY ZAMBRANO

*La locura del otro* (1927)

LUIS ENRIQUE MÁRMOL

En los albores del siglo xx venezolano, la poesía se debate entre los moldes formales y temáticos heredados del Modernismo y un Romanticismo epigonal que se niega a morir. Son también años de definiciones y búsquedas de nuevos derroteros en lo político, bajo el signo del caudillismo que despedía el siglo xix y adquiriría nuevos bríos autoritarios durante las primeras tres décadas del nuevo siglo. En ese marco nace y se forma intelectualmente un joven que pese a su fugaz existencia dejaría una huella honda en la poesía nacional: Luis Enrique Mármol.

Nacido en Caracas, el 21 de agosto de 1897, su educación primaria la realizó con sacerdotes franceses y alcanzó el grado de Bachiller en Filosofía a los quince años de edad. Continuó luego estudios en la Universidad Central de Venezuela hasta alcanzar el grado de Doctor en Ciencias Políticas (1925).

Inició su labor literaria cuando tenía diecisiete años, y también muy joven comenzó en el periodismo. Su primera aparición pública como poeta se produjo en *El Nuevo Diario* (Caracas, mayo, 1915). Luego se destacaría como cuentista, cronista, traductor y humorista.

En 1924 publicó su obra *Pastiches criollos*, donde elabora un juego paródico que se ciñe a los estilos, voces y arquetipos escriturales de otros tantos escritores venezolanos contemporáneos suyos, y con quienes Mármol confronta su dominio del lenguaje, para hacer parodia del estilo, el léxico y las retóricas ajenas.

Luis Enrique Mármol murió en la ciudad de Valencia, el 17 de septiembre de 1926, cuando recién había cumplido veintinueve años de edad, dejando inédito el volumen *La locura del otro*.

Producto de la consternación por su prematura muerte, sus amigos organizaron todo un movimiento de valoraciones y semblanzas que concluyó en la edición de *La locura del otro* (Caracas: Tipografía Vargas, 1927). Esta obra incluye diversos testimonios, algunos de los cuales aportan elementos útiles para comprender aspectos biográficos, así como los rasgos de su formación intelectual, el impacto de sus lecturas de Baudelaire y Schopenhauer y su significación en el proceso literario nacional.

Buena parte de la obra de Luis Enrique Mármol puede verse como un puente de transición entre el esplendor *rubendariano* y la apertura hacia una nueva búsqueda expresiva. La publicación en 1924 de *Pastiches criollos* (el mismo año en que se editó *Áspero* de Antonio Arráiz), vino a confirmar la existencia en el panorama literario venezolano de un joven escritor, hábil en el manejo del idioma, y seguidor de un modernismo caracterizado en lo formal por sus rasgos de musicalidad y colorido, pero con otras ambiciones en sus búsquedas conceptuales y expresivas.

*La locura del otro* se estructura en cinco partes: “Mis emociones”, “Mis amores”, “Pausas”, “Mis motivos” y “Poner aliento poético”. Los primeros poemas de este libro, abren el compás de presentación de la otredad, signada por la presencia de un *alter ego*. El poema “Aquel otro”, fechado en 1917, le sirve de apoyo para verse a sí mismo metamorfoseado en el sujeto lírico que asume su soledad, siempre alerta frente al dolor, la ausencia y la incertidumbre: “Me voy tornando cuerdo, razonador, prudente. / Mi voluntad pretérita. Y mi ideal, ya falto / de juventud, no puede rechazar el asalto / del desaliento turbio y del dolor que siente”.

José Fabbiani Ruiz establece una serie de valores para comprender la poesía de Mármol: la oposición entre la ruina espiritual, el desaliento y el dolor, por una parte, y el ensueño por la otra:

Sus motivos, su concepción lírica, convergen hacia un centro muy claro: el pesimismo. Jamás habíamos visto en poeta venezolano alguno mayor desesperanza. Ni José Antonio Maitín, que es ya mucho decir. Es posible que el medio, o la época, o también algún factor personal, constituyeran elementos de influencia decisiva en su actitud; pero la verdad es que, a excepción de momentos escasos, el espíritu de Mármol se hundió siempre en una fosca negación de la vida (Fabbiani Ruiz, 1953: 244-245).

En la poesía de Mármol se aprecia una capacidad vital para sopesar todo a su alrededor, hay una plena conciencia de que la vida es menos la suma de pequeñas victorias,

que el conjunto entremezclado de derrotas. No obstante, todo suele circunscribirse al impulso concreto de su fortaleza vital: vivir el momento, intensamente; sin importar lo que sobrevenga luego. Ideal de hombre práctico, que asume su vida plenamente, sin estridencias. En un poema como "Canto absurdo", hace cuenta rasa de estos elementos. Mientras él, Luis Enrique Mármol, se nombra en el poema, habla desde un aparente desorden; piensa y observa todo a su alrededor mientras trata de asir las imágenes para volcarlas en la escritura. Finalmente, a manera de una simbólica conclusión expresa su ideal de la totalidad: "Alma mía sin fe, desorientada / en la vacía mezquindad ambiente: / están cerrados todos los caminos! // Pero quiero vivir, gozarlo todo, / lograrlo todo y que lo pierda todo! / Los besos, y las ansias y los sueños / y la vida, divinamente inútil, / pero divinamente atormentada! ("La locura del otro").

Su expresión es vehemente cuando pide ciertas certezas a la vida; es fuerte cada vez que a manera de reflexión se exige a sí mismo nuevos motivos para impulsar la existencia. Como una abstracción de su propia vitalidad, sabe que estos motivos han de venir, no importa desde cuál dirección, tampoco si han de tornarse realizaciones: "Ya no me queda nada y por lo tanto / no tengo nada que temer / Vida, dame la estúpida serenidad de un santo, / o vuélveme mis locas inquietudes de ayer." ("Iluso ayer").

Su palabra sucumbe a veces ante lo irremediable; en el explícito deseo de quedarse estático, asumiendo los fracasos, todo le resulta tormentoso. La tristeza es un rasgo que quizás caracteriza toda la obra de Mármol, como una forma patética

de la no realización: “El poeta, siniestramente triste, con una tristeza nunca expresada anterior ni posteriormente por ningún poeta venezolano, es invadido, desde sus primeros versos, por un gran cansancio, el cual le habría de durar hasta que remata su vida, a la edad de veintinueve años” (Castellanos, 1966: 77).

Esta sensación es patética en los poemas “La canción de la nada” y “Canto del desencanto”, y adquiere una mayor emotividad en “La canción del desilusionado”, donde todo parece sucumbir en la derrota: “Mi orgullo, mi ambición ¡Maldita sean! / Ved: todo inútil, inútil, inútil! / Cuánto menos penoso fuera hundirse, / hundirse siempre en el más bajo abismo, / en la más negra, en la más honda sima! / Cuánto más dulce me sería hundirme / que este perenne aletear en vano, que este angustioso aletear sin tregua / eternizando la fatal caída” (...).

Igual sentimiento de resignación se hace patente cuando asume una relación directa con el asunto religioso. Nunca una posibilidad de cercanía con lo sagrado es tan elocuente y directa como cuando el poeta, humilde, se conforma con lo vivido, con lo alcanzado; la divinidad deja de ser una duda para convertirse en una certeza: “Pero tú, nada pides? / –Nada pido... / –De modo / que no tienes deseos? / –Sí, por Dios! / –Luego, ¿todo / cuanto deseas logras, alcanzas cuanto esperas? / –No, por mi fe; yo tuve mil sueños fracasados; / mas qué importa! son bellos frustrados o logrados: / para que se renueven yo podo mis quimeras / y gozo y sufro y sueño y lucho y siento y vivo!... / –Esa es toda la ciencia– dijo el Dios, pensativo– / el instinto es tu fuerza, no has menester de nada! (...)” (“El nuevo evangelio”).

Un poema que expresa sentimientos profundos, de vuelo exaltado, es precisamente el titulado “Canto al fuego”. Una

especie de delirio atraviesa la voz que pulsa en fragmentos de una historia ya lejana los nombres de aquellos héroes ya perdidos en el mito, raíces culturales de una Grecia presentida, y el brutal estruendo de una historia americana escrita a retazos; por ello en el tono abrupto de este texto, lo lírico subyace en el acento más bien épico y altisonante. En su conjunción resurgen los antiguos resentimientos de odio; pero también la esperanza de justicia y una gran soledad que palpita en la palabra, llevada hacia todas las nostalgias del pasado. Siempre la derrota como saldo de las culpas, los malos pasos, el presagio funesto, la ruina total: “las lecturas le habían dado una filosofía sobre la suerte humana rebotante de pesimismo” (Insausti, 1976: 8). Esto también se ilustra en “La canción del vacilante”; un canto de derrota, pero al mismo tiempo, la sumatoria de desaciertos, asumidos valientemente por la voz poética ante la figura ducadora de la madre, quien le formó para el equilibrio y la bondad. Luego, vuelto su rostro hacia ella, al sujeto solo lo ocupa lo amargo de todo cuanto ha visto: “doncellas ultrajadas”, “crímenes”, “zarpas espantosas”.

En este libro la visión del amor resulta idealizada, bien porque el sujeto lírico que lo asume en algunos de los textos canta a un amor festivo, que se desarrolla casi sin correspondencia. La mujer aparece como una obsesión y se torna idealización. Al final queda la soledad, el desamparo, pero también la convicción de ser en cierta manera libre, y libre de sí mismo al haberse entregado. En algunos poemas se expresa el amor solo en el deseo. Otras veces, hay una mirada irónica ante la falta de correspondencia. En ese sentido, el amor aparece como reflejo en la virtualidad del otro, es

un amor de desencuentros, que privilegia el deseo a través de la mirada, y como tal muestra una consciencia de plenitud si lo enfocamos desde la mirada moderna.

En algunos poemas de Mármol, la asunción de la derrota viene dada como un acto volitivo, sin resentimientos, sin búsqueda de explicaciones ni conflictos interiores que truequen en amargura. Valga su “Soneto futuro”, fechado en 1918, para comprender cómo lleva inscrito de manera explícita su destino, pues el poeta ofrendará este poema a su amada el día de su boda con otro. Por ello el amor se expresa de manera hipotética y allí radica su máxima forma de concreción: “Yo tuve una novia muy blonda... / fue la primera... / Siempre una mirada honda, / unos labios muy dulces y una carne imposible” (“A la lumbre inefable”).

Otra posibilidad del amor, en la perspectiva del hablante lírico que configura Mármol, es la de reírse de sí mismo al comprender que en verdad el sentimiento no era tan hondo como creía; por ello ese amor trunco se deshace fácilmente en la memoria, porque fue leve y fugaz: “Aquel amor se me murió en pañales... / Yo digo esta canción a la tiniebla: / –Dadle, Dios mío, un descansar eterno... / ¡y brille para él la luz perpetua!” (“Aquel amor”).

Destacan en el conjunto algunos pocos poemas festivos y elocuentes, reunidos como homenaje a algunas mujeres de su tiempo, amigas y admiradoras, que fueron escritos en sus álbumes –regalos poéticos muy frecuentes en el siglo XIX y comienzos del XX– y que exaltan los méritos y la belleza de sus destinatarias. Todos estos poemas-carta aparecen reunidos en la sección “Pausas”.

Armando de Guaya, contemporáneo de Mármol y quien presenta de él una semblanza, producto más del afecto que de la valoración del compañero de letras, dejó un testimonio de reconocimiento a sus altos valores:

Los versos de Luis Enrique Mármol tienen lo que la muchedumbre necesita para comprender y proclamar a un poeta. No tienen epidemias ni tragedias, no tienen anacrónicos idealismos, ni romances que caen en las más tristes cursilerías, ni mucho menos las eternas desesperaciones por la “novia desdeñosa”. No. La poesía de Luis Enrique Mármol está por encima de esas sensiblerías, sus versos son más “incomprensibles”, es decir: mucho más bellos, más elevados y más idealizados; en idealismo profundo y sin rituales pretensiones de profundidad, ni miramientos de individualización; sus versos son como sus sentimientos: modulados al amparo de los más claros miramientos altruistas y sinceros” (Guaya, 1953: 218).

Hubo que esperar varios años para que pudiera hacerse nuevas lecturas de sus versos dispersos a tono con las estéticas ya distantes, así como de sus traducciones poéticas del portugués y del francés, reunidas en el volumen *El viento que me nombra* (1976).

Fallido, trunco, olvidado, definitivamente audaz e inteligente, la voz poética de Luis Enrique Mármol abrió un camino hacia la temprana incorporación de temas como la crueldad, el pesimismo, la derrota que habrían de fructificar en otras voces que le sucedieron en el panorama poético venezolano del siglo xx.

## REFERENCIAS

- Insausti, Rafael Ángel. "Prólogo". En Mármol, Luis Enrique. *El viento que me nombra*. (Compilación y prólogo de Rafael Ángel Insausti). Caracas: Monte Ávila Editores, 1976, p. 8.
- Castellanos, Enrique. *La generación del 18 en la poética venezolana*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1966, p. 77.
- Fabbiani Ruiz, José. "Por las orillas de un pesimismo cruel". En Mármol, Luis Enrique. *La locura del otro* (2ª ed.). Caracas: Ediciones de la Línea Aeropostal Venezolana, 1953, pp. 244-245.
- de Guaya, Armando. "Luis Enrique Mármol". En Mármol, Luis Enrique. *La locura del otro* (2ª ed.). Caracas: Ediciones de la Línea Aeropostal Venezolana, 1953, p. 218.